

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION	LA REDACCION Y ADMINISTRACION:	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.	Fonollar, 24 y 26	En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.	Se publica los Jueves	Madrid: Almagro, 8. entr. derecha
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.		-Alicante: S. Francisco, 28, du.º

SUMARIO.

La oracion de los niños.—Los sueños de Angel. III. (Conclusion.)—El sueño de la niña.
—Pensamientos.

LA ORACION DE LOS NIÑOS.

Siguiendo la lectura de las memorias del padre German, copiaremos un episodio lleno de sentimiento y de amor, en el cual encontramos esa poesia, esa dulzura del alma cristiana que para todos los espíritus de la creacion guardan los seres que saben sentir, y se elevan sobre la generalidad. Nosotros leyendo en este viejo manuscrito, hemos aprendido á amar, y deseamos que nuestros lectores sigan nuestras huellas. Amese, sí; ámese la humanidad sin distincion de clases ni creencias, que el amor universal es la ley sacratísima de Dios; pero dejemos nuestras digresiones, y escuchemos al Padre German.

« Vengan á mí los niños, vengan á mí con sus inocentes travesuras, con sus alegres carcajadas, con su bulliciosa animacion, con la exhuberancia de su vida.

» Quiero vivir entre ellos, quiero tomar parte en su alegría y aturdirme con su aturdimiento y olvidarme de todo, menos de mi infantil familia.

» Siempre he querido á los niños, siempre he preferido su risueña compañía á la de los sábios y á la de los demás hombres, porque en los niños he hallado en todas ocasiones la verdad.

» Decia un filósofo que nada mas olvidadizo ni mas ingrato que los niños, y yo di-fiero en absoluto de su para mi errónea opinion. Lo que tiene el niño es que no es hipócrita, dice y hace lo que siente sin reserva ni disimulo de ninguna especie; mientras que el hombre finje sonrisas y hace halagos aunque en su corazon fermente el odio hácia aquel que acaricia y agasaja.

» Yo daria algunos siglos de felicidad por vivir toda una existencia rodeado de niños, porque de ese modo ni sabria los crímenes de los hombres ni viviria engañado. ¡ Oh ! sí : vengan á mí los niños con la espontaneidad de su sentimiento, con su encantadora é inimitable franqueza, y con su ingénita lealtad.

» Los hombres me asustan, los niños me atraen; me espantan las confesiones de los primeros, y me encantan las confidencias de los segundos, por que en ellos encuentro la sencillez y la verdad, ¡ y es tan hermosa la verdad !

» ¡ Cuántas veces rodeado de mis pequeños amigos me he visto pequeño, muy pequeño al lado de aquellas almas tan grandes !

» Lo que le falta á la generalidad de las criaturas, es una esmerada y sólida educacion, un mentor que guie sus pasos en las escabrosidades de la tierra : que un niño bien instruido y bien enseñado, es un héroe cuando llega la ocasion oportuna. Yo lo sé, yo lo he visto, y por mí mismo me he convencido que no hay nada mas fácil que despertar el generoso entusiasmo de los niños, despertando su sentimiento hasta llegar á la sublimidad.

» Una tarde, sali del cementerio mas triste que de costumbre, habia pensado demasiado en *ella*, habia visto junto á su tumba á la niña de los rizos negros, y al verla que me sonreia con tristeza, lloró mi corazon amargamente su malograda felicidad.

» ¡ Es tan triste tener en nuestra mano la hermosa copa de la vida llena del néctar del placer..... y apartarla de nuestros lábios, sedientos de amor y de ventura, para entregarnos á un suicidio lento, á un sacrificio estéril, á una desesperacion muda! ¡ Oh! el sacerdocio católico es el sacerdocio de la muerte!

» Mis hijos adoptivos, al verme, comprendieron que estaba preocupado, y como todos me quieren, me rodearon solícitos, y uno de los mas pequeñitos se agarró á mis hábitos y me dijo con voz temblorosa:

—» Padre, ¿ es verdad que los judios se comen á los niños?

—» A los malos se los comerán, pero á los buenos no, replicó otro chicuelo. ¿ Verdad padre?

—» Ni á los unos ni á los otros, les contesté sonriendo, porque los judios no son antropófagos.

—» Pues mi madre dice que sí, objetó el primero; y hoy ha venido muy asustada, porque dice que le han dicho que hay un hombre, que de noche entra en la aldea, y se lleva á los niños.

—» Sí, añadió otro, á mi padre tambien se lo han dicho que ese hombre entró en una casa, y cogió un pan, y el perro lo sintió, y comenzó á ladrar, y el ladron se fué huyendo, y dicen que echaba fuego por los ojos, y mi abuela afirmó que seria un judio.

• La conversacion de los chicuelos me distrajo de mis tristes pensamientos, y comencé á inquietarme por la suerte de aquel desventurado de quien me hablaban. No era la primera vez que oia hablar de aquel hombre á quien llamaban el judio, y del cual contaban mil patrañas y absurdas mentiras; y yo calculaba que tal vez seria un desgraciado cuya borrascosa existencia tendria una historia de lágrimas, y tratando de cerciorarme pregunté con interés á uno de los niños:

—» ¿ Y cuándo han visto al judío en esa casa, que cogió un pan?

—» Anoche; dice mi padre que anoche, contestó el niño mirando con recelo en todas direcciones.

» Seguimos andando; llegamos á la fuente de la Salud, y al llegar, los niños lanzaron un grito de espanto, y todos me rodearon gritando angustiosamente: ¡ Padre! ¡ Padre! dígame V. que somos buenos. ¡ Ese será! ¡ Ese!.... y las inocentes criaturas se guarecian debajo de mi capa, otros se parapetaban detrás de mí, y todos temblaban convulsivamente.

» Entre aquella baraunda no me dejaron tiempo de contemplar la causa de aquel trastorno; al fin miré, y ví junto á la fuente un anciano que contaria setenta inviernos: era alto y delgado é iba cubierto de harapos, una luenga barba de un blanco amarillento descansaba sobre su pecho desnudo. Su mirada era triste, ¡ muy triste! gemia con los ojos! y parecia el símbolo de la tribulacion y la miseria. Llevaba la cabeza vendada, y el vendaje estaba empapado de sangre. Al verle en aquel estado tan deplorable, corri hácia él rompiendo el círculo que me rodeaba, y el anciano al verme se quedó indeciso, queria huir y al mismo tiempo me miraba como si quisiera reconocerme, y yo me apresuré á detenerle diciéndole:—No temais. El pobre viejo se detuvo y contempló con profunda tristeza el grupo de niños que á corta distancia decia en todos los tonos: ¡ Ese será! ese!....

» Comprendí su pensamiento, y le dije:—No temais, no os harán ningun mal y rodeando su cintura con mi brazo me volví á los niños y les dije con acento de autoridad:

—» Silencio y escuchadme. Quien os haya dicho que este anciano os quiere hacer daño, miente miserablemente; y en vez de gritar sin concierto, lo que debeis hacer es darle cada uno la mitad de su merienda, que la ley de Dios nos manda dar de comer al hambriento.

Los niños enmudecieron, se arrimaron unos á otros, y aquella masa compacta se adelantó temerosa y se colocó junto á mí, algunos de ellos me alargaron tímidamente un pedazo de pan, y yo les dije:—No es á mí á quien debeis darlo, es á este desgraciado al que se lo debeis de entregar. No tengais miedo, dádselo en su misma mano, y pedidle que os bendiga: que los ancianos son los primeros sacerdotes del mundo.

» Uno de los mas pequeñitos, fijando en mí su hermosa mirada como para tomar aliento, alargó su pedazo de pan al pobre viejo, y este lo cogió con mano temblorosa y estendiendo su diestra sobre la cabeza del pequeñito, exclamó con voz conmovida:

—» ¡ Bendito seas tú, que me das el pan de la hospitalidad! y doblgando su cuerpo se inclinó y besó la frente del pequeñuelo, y al besarle el mendigo lloraba, y sus lágrimas cayeron sobre la cabeza del niño que quedó bautizado con el agua bendita de la gratitud. Los demás niños siguieron el ejemplo del primero, y nunca olvidaré aquella escena verdaderamente conmovedora.

»El cielo ostentaba toda la esplendidez de sus galas, porque estaba cubierto con un velo de purpúreas nubes. Las montañas revestidas con su manto de esmeralda terminaban su tocado envolviendo su cima con flotantes y ligeras brumas; y en el fondo de un valle florido, un anciano harapiento rodeado de mas de treinta niños, los bendecía con sus ojos y con sus lágrimas, porque la emocion no le permitia hablar. Yo miraba aquel cuadro y decia entre mí: ¡Qué risueño es el comienzo de la vida y qué triste es el fin! ¡Pobre anciano! En tu frente hay escrita una historia. ¿Qué papel te habrá tocado representar en ella? ¿Habrá sido el de víctima ó el de verdugo? veamos: y acercándome mas á él le dije con dulzura:

»Sentaos; reposad; no tengais miedo alguno.

—»De vos no lo tengo, ni de estas criaturas tampoco, pero me siguen muy de cerca mis numerosos enemigos. Hace muchos dias que estoy vagando por estos contornos: queria veros, y no encontraba ocasion propicia de hablar con vos. Hoy la sed me devoraba, tengo fiebre porque estoy herido, unos pobres muchachos incitados por sus madres, me apedrearon y vine á esta fuente á calmar mi ardiente sed, y cuando me iba á ir llegasteis vos; tengo que hablaros, pero no me atrevo á entrar en la aldea, porque no sé mis perseguidores á que distancia están.

—»Entonces esperadme detrás del cementerio. Yo me iré con los niños y cuando anochezca del todo iré á buscaros. Hasta luego.

»Mis pequeños amigos se separaron del anciano diciéndole muchos de ellos:—Mañana te traeremos mas pan; y durante nuestro camino cada cual hizo el proyecto de traer doble merienda. Lo que es el ejemplo y el buen consejo! Unos pobres muchachos aconsejados por mujeres salvajes, persiguieron al mendigo como se persigue á una fiera, en tanto que otros niños le dieron la mitad de su alimento y anhelaban que llegase el dia siguiente para darle mayor cantidad! ¡Los niños son la esperanza del mundo, la encarnacion del progreso, si encuentran quién los guie en la espinosa senda de la vida!

»Cuan to entramos en la aldea, me despedí de los niños hasta el dia siguiente, subí á mi oratorio y esperé que la noche estendiera su sombra por una parte de la tierra, y entonces me dirigí detrás del cementerio. El anciano me esperaba y salió á mi encuentro, y los dos nos sentamos en las ruinas de la capilla. Mi compañero me miró fijamente y me dijo en voz baja:

—»Gracias á Dios que los dias se suceden y no se parecen: ¡qué distinto ha sido el dia de hoy del dia de ayer! Ayer me apedrearon como si yo fuera un miserable foragido, y hoy me escuchan y me atienden y me ofrecen pan bendito para que sostenga mi abatido cuerpo. ¡Gracias, padre, no en vano me dijeron que erais un santo!

—»Callad! callad! no confundais el deber con la santidad. En la tierra no hay santos, no hay mas que hombres que en algunos ocasiones cumplen con su obligacion. Al prestaros mi débil auxilio, cumplí con dos deberes muy sagrados: el primero consolando al afligido y el segundo enseñando á los pequeñuelos á poner en práctica los mandamientos de la ley de Dios.

—»¡Ay padre! esos mandamientos, cuán olvidados están por los hombres! lo sé por experiencia: toda la desgracia de mi vida la debo al olvido de la ley de Dios.

—»Esplicaos, en qué olvidasteis la ley promulgada en el Sinai?

—»No fui yo quien la olvidó, padre. Yo he seguido fielmente la religion de mis mayores, y sentado en la Sinagoga he jurado á Dios obediencia leyendo las tablas de la santa ley; fueron otros los que olvidaron los preceptos divinos.

—»Compadeced á los que supieron olvidar, porque ¡ay de los pecadores!

—»¡Ah señor! el castigo de los culpables no me devuelve lo que para siempre he perdido. Yo tenia en mi hogar numerosa familia y mis hijos de mis nietos me sonreian con amor; pero resonó una voz maldita y los sayones de la intolerancia religiosa, gritaron una noche: ¡Mueran los judios! ¡quememos sus casas! ¡violemos sus hijas! ¡saqueemos sus arcas! ¡destruyamos la raza de Judá! y nuestras pacificas moradas fueron el teatro de horrendos crímenes. Algunos pudimos escapar de la general matanza y huimos de nuestras casas profanadas y nos encontramos en pocas horas sin nuestras esposas, sin nuestras hijas, sin los ahorros de nuestro trabajo..... ¡todo perdido! ¡todo! ¿y por qué...? por seguir estrictamente la primitiva ley de Dios... y sin alientos para mendigar por temor de ser conocidos, huimos á la desbandada, sin saber donde detenernos. Algunos de mis compañeros mas jóvenes que yo han podido llegar á puerto de salvacion. Yo caí enfermo y no pude seguirles, y unos pobres campesinos me han tenido en su cabaña siete meses, y ellos me hablaron de vos, diciéndome que erais la providencia de los desgraciados, que viniera á veros. Uno de los hijos de dicha familia queria acompa-

ñarme, pero se supo que la persecucion á los judíos dispersos se reanimaba, y no consentí de manera alguna esponer á aquel noble jóven á una muerte casi cierta; y solo, emprendí la marcha huyendo de los caminos transitados, pasando dias y dias sin mas alimento que las hojas de los árboles, que estos siquiera me ofrecian sus verdes ramas siendo menos ingratos que los hombres. Ya sabeis quien soy, en el Condado de Ars me esperan algunos de mis hermanos, y todo mi afan es llegar allá á reunirme con ellos y rezar juntos á la memoria de nuestras hijas deshonradas en nombre de una falsa religion. El anciano reclinó su cabeza entre sus manos, sollozando como un niño.

»Yo le dejé llorar libremente, que los grandes infortunios piden muchas lágrimas, y cuando le ví mas calmado le atraje hácia mí, y le dije con la mayor dulzura:

»—Perdona á tus verdugos, no te pido mas que perdon para ellos; compadécelos; su presente es el crimen, su porvenir es la espiacion. Tranquilízate, yo te llevaré conmigo, yo abrigaré tu cuerpo desfallecido, yo te haré acompañar por dos hombres honrados, que guiarán tus pasos vacilantes y llegarán al punto que deseas y te reunirás con tus hermanos y elevarás tu plegaria pidiendo á Dios misericordia para aquellos obcecados que profanaran tu tranquilo hogar.

»Ven conmigo, apóyate en mi, no tengas ningun recelo, porque yo soy sacerdote de la religion universal.

»El anciano se apoyó en mí, y llegamos á la Rectoría, subimos á mi oratorio, que es el lugar de descanso de los desgraciados que encuentro en mi camino, y durante ocho dias reposó en mi hogar el viajero del dolor.

»Los niños entre tanto me decian pesarosos:—Padre, aquel pobre no vuelve ahora que traemos tanto pan para dárselo á él. Yo valiéndome de mi influencia, conseguí de mis feligreses que dos de ellos, de los mas acomodados consintieran en acompañar en su largo viaje al anciano judío; este, fué vestido decorosamente, y le entregué una regular cantidad de dinero, exigiéndole que al llegar al final de su jornada me enviase con sus guías una carta dándome cuenta de su feliz arribo. El mismo dia que él se marchó, convoqué una reunion de niños en la iglesia, asistiendo casi todos los fieles que moraban en la aldea, pero mi objeto principal fue reunir á los niños, les hice colocar delante del altar y dirigiéndome á ellos, les dije:

»—¡Hijos míos! único lazo que me une á este mundo. Vosotros sois la sonrisa de mi vida. En vosotros derramo toda la sávia de mi profunda experiencia y trato de haceros buenos, para que seais gratos á los ojos del Señor. Hace algunos dias os pedí vuestro pan para un pobre anciano que llegó á las puertas de vuestros hogares herido y hambriento, y hoy voy á pedir os otra cosa, concedédmela, hijos míos! ¡hijos muy amados de mi corozon! Aquel anciano ha dejado vuestras montañas, y va á buscar en lejanos valles un asilo para pedir á Dios que tenga misericordia con los opresores de la humanidad! Y yo os pido, mis queridos pequeñitos, que rogeis por el pobre caminante que sin hogar ni pátria no crecerán las flores en su tumba regadas por el llanto de sus hijos, sino que, como árbol mutilado, le doblará el huracan, y en sus muertas raices se extinguirá la sávia de la vida. ¡Rogad por él, pedid al cielo que llegue á puerto de salvacion el errante proscrito, que las oraciones de los niños atraen la bendicion de Dios!

»Rezad, hijos míos, rezad! decid conmigo así: ¡Padre misericordioso! guía los pasos del venerable anciano que ha vivido respetando tu ley, sálvale de todo peligro, para que pueda vivir el resto de sus dias amándote en espíritu y en verdad! Y los niños rezaron, y sus voces purísimas sin duda resonaron en las bóvedas del cielo, y atrajeron al humilde templo de la tierra espíritus de luz porque á semejanza de los rayos del sol, ráfagas luminosas y esplendentes se cruzaron delante de los altares, y los niños repetian con voz vibrante:—¡Padre misericordioso, guía los pasos del anciano que ha vivido respetando tu ley, sálvale de todo peligro para que pueda vivir el resto de sus dias amándote en espíritu y en verdad!

»En aquellos momentos no sé que pasó por mí, parecia que incensarios invisibles perfumaban las bóvedas del templo, y astros de mil colores lanzaban sus effluvios luminosos de prismáticos resplandores sobre los pequeñitos de mi aldea.

»Los niños rezaron, sí; rezaron con esa fé divina que inflama y eleva á las almas puras, y su oracion ferviente debieron repetirla los ecos de mundo en mundo! Es la oracion mas conmovedora que he escuchado en la cárcel de la tierra.

»Hay sensaciones indescriptibles, y la que yo esperimenté en aquellos instantes es una de ellas; estaba en lo cierto cuando dije que las oraciones de los niños atraen las bendiciones de Dios!

»Hermosa mañana de mi vida! ¡Rayos de luz purísima! tu recuerdo bendito me hará

sonreír en mi lecho de muerte. ¡Mucho he llorado!..... Mucho he sufrido! pero en cambio me ha sido concedido el escuchar el canto de los ángeles en el humilde templo de mi aldea.

»Bendita sea la oracion de los niños! ¡Bendita sea en todas las edades! bendita sea!

»Las mujeres lloraban al oír la plegaria de sus hijos, y estos sonreían, elevando su cántico hasta Dios.

»¡Todo pasa en la vida! y aquellas breves horas también pasaron dejando en mi alma una paz que nunca había sentido.

Todas las tardes al reunirse los niños á mí, á la puerta del cementerio, me decían:— Padre, ¿quiere V. que recemos por el pobrecito que se fué?—Sí, hijos míos, les decía yo, consagremos un recuerdo á un mártir de la tierra; y durante algunos momentos, todos orábamos por el pobre judío.

»Tres meses después volvieron los dos guías que le acompañaron trayéndome una carta concebida en estos términos:

«¡Padre mío! He terminado felizmente mi largo viaje, y hoy me encuentro en brazos de mis hermanos bendiciendo vuestra memoria.

»En las últimas horas de la tarde nos reunimos todos al pié de un roble centenario; y cumpliendo vuestro mandato, ruego por los homicidas que sacrificaron á mi esposa y á mis hijos; y cuando deje este mundo, mi último pensamiento será para vos.»

«¡Gracias, Dios mío! una víctima menos de las persecuciones religiosas! Descansa pobre judío! y bendice á tu Criador en tu hora postrera! ¡Ah! religiones! religiones! cuánta sangre inocente habeis derramado! ¡Qué larga cuenta teneis que dar á Dios por vuestros inicuos actos! Solo me queda un consuelo en medio de tantas amarguras; solo una esperanza me sonríe: el advenimiento de la religion universal. Esa destruirá los odios colectivos, y las asechanzas personales; esa constituirá un solo rebaño y un solo pastor; esa unirá á todos los mortales con el lazo sagrado de la fraternidad. Para amarse fueron creados los hombres y tiene que cumplirse el gran pensamiento de Dios.»

Y se cumplirá, Padre German, se cumplirá; el progreso de la humanidad es muy lento, pero al fin se progresa. La religion laica se estiende por el mundo y fecundiza la razon del hombre preparándole para sus futuras existencias.

Hoy los libre-pensadores hacen su profesion moral, y «afirman el derecho.»

«Confiesan el deber.»

«Quieren la justicia y la fraternidad humana.»

»Green en la solidaridad universal y aspiran á la perfeccion.» Hoy como dice Torres-Solanot: «Roto el antiguo exclusivismo, proclamada la paz de los cultos, la tolerancia universal, la ciencia y la religion deben marchar acordes hácia la verdad que hoy se proclame como ideal, y debe encarnar, con condiciones vitales, en la renovacion social que se prepara.»

Esa renovacion la comenzó en su tiempo el Padre German, y puede estar satisfecho aquel elevado espíritu del trabajo que hizo. Muchos hombres que le imiten se ne esita en el mundo; verdaderos sacerdotes de la religion universal hacen falta para ilustrar y moralizar á la humanidad; y pedimos á los buenos espíritus, especialmente al Padre German, que siga afanosamente la tarea comenzada, que inspire á los moradores de la tierra su inmenso amor y su ardiente caridad.

Sí, Padre German; comunícate con nosotros, que deseamos imitarte cuando nos sea posible.

Queremos amar á los pequeñitos como tú los amabas; queremos estudiar en esos libros inéditos el gran porvenir de la humanidad; queremos sentir lo que tu sentiste, escuchando la oracion de los niños.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

LOS SUEÑOS DE ANGEL.

III.

(Conclusion.)

»Desde aquel dia, los huérfanos y yo, formamos una sola familia: un sentimiento de compasion me acercó á ellos y, la verdad con su indisoluble lazo, nos unió eterna-

mente. Todas las mañanas, desayunábamos juntos, y, despues, Angel y las niñas se iban al muelle no volviendo hasta la noche en que nos reuníamos para cenar.

»Angel, me entregaba todas las noches lo que habia recogido por el dia, y yo, sin saberlo él, reservaba una parte para hacerles alguna prenda de vestir. Pasado algun tiempo, propuse al ciego que, en vez de ir al muelle con sus hermanas, se quedase á la puerta de casa, y de este modo, las niñas podían quedar á mi lado y aprender algo: Angel, aceptó gustoso y me dió las gracias con los ojos llenos de lágrimas por el interés que me tomaba; pero sus hermanas le profesaban un cariño tal, que, al escuchar mi proposicion, se abrazaron á su hermano y, mirándome como asustadas, exclamaron:—No, no queremos que se quede solo, porque entónces los muchachos le quitarán la limosna del platillo, estará triste, y el dia se le hará más largo.

»Por más razones que empleamos Angel y yo para convencerlas de lo contrario, sólo pudimos conseguir, el que le acompañara una de ellas por semana; entónces procuré llevarlas á un colegio gratuito; y correspondieron tan bien á mi deseo, que, á pesar de que durante el mes no iban sino quince dias cada una, lo sabian aprovechar tanto que, en breve tiempo se pusieron á la altura de las mas adelantadas; y al ver su aplicacion, la maestra se esmeraba en hacer más lata su instruccion.

»Así pasamos dos años, en los cuales, raro fué el dia que Angel no trajera á casa alguna limosna que, unida á mi corta asignacion, íbamos pasando, aunque muy estrechamente. Al cabo de este tiempo, regresó mi hijo de América, enfermo y con poquísimos ahorros; pues su falta de salud en aquel pais, le habia privado el dedicarse por completo á sus negocios: el grave estado en que venia, me entristeció mas que nada; pero, sin embargo, jamás desconfié de la Providencia.

«Un año estuvo mi hijo enfermo y, gracias á Dios que velaba por nosotros, no tuve que alterar en lo mas mínimo el órden de mi casa, pudiendo atender á cuantos gastos se me ocasionaron; pues por entónces Angel, y sin saber cómo, era socorrido con más largueza que nunca.

»Una noche, cuando mi hijo estaba ya convalesciente, vimos entrar á Angel muy risueño; mi hijo que habia simpatizado con el ciego y le queria como un hermano, le abrazó diciendo:

»—Que alegre vienes amiguito.....

»—¡Ya lo creo! y si no lo estuviera, seria un ingrato con la Providencia.

»—¿Pues qué te sucede? repliqué yo.

»—Ahora os lo contaré todo. «Esta mañana á poco de haber llegado al sitio donde me suelo poner todos los dias, se me acerca un caballero y, despues de cariciar á mi hermanita me preguntó si tenia padres; yo le contesté que nó, pero que hacia algun tiempo habia encontrado unasegunda madre refiriéndole del modo que os conocí y todo cuanto por mis hermanas y por mí habeis hecho. Gustó tanto al caballero vuestra accion que, dice mi hermana elevó sus ojos al cielo y exclamó: ¡Lado sea Dios! ¡Cuán hermosa es la caridad!

»—Mira, me dijo, yo tenia una hija única de la misma edad que esta niña que tienes á tu lado, y era tan amante de los pobres que, todos los años el dia de su santo, el mejor regalo que la podia hacer, era, una suma regular para distribuirla entre ellos; y yo gozaba al verla, porque en aquellos momentos, mi hija, bella y sonriente, se semejaba al angel de la caridad: hace seis años que murió, dejando un inmenso vacío en mi alma; y solo soy feliz, dos veces al año, el dia de su santo y el del aniversario de su muerte; pues esos dos dias, socorro á cuantos pobres hallo á mi paso en cumplimiento de su última voluntad. Asi pues, ya que, segun dices, sois tres hermanos huérfanos y que la señora con quien estás tampoco es rica, aquí tienes un billete de cien duros, para que todos os remedieis un poco: yo soy bastante rico, y si con dar todos mis bienes á los pobres, pudiera resucitar á mi hija, desde ahora me quedaria gustoso sin ellos.» Y esto diciendo, se alejó sin darme siquiera tiempo para salir de mi asombro y darle gracias; por mi relato comprenderéis si puedo estar contento; con que aquí teneis el billete, y ahora demos gracias á Dios por tan señalado servicio.»

»—¡Dios bendiga á ese caballero y nos proteja á todos! exclamé yo.

»¡Quién me habia de decir cuando conocí á Angel, que aquel niño ciego y haraposo me habia de recompensar un dia con su cariño filial, y que la limosna que él recogia, habia de servir para mi hijo y para mí! Si no hubiera sido por Angel, no sé que hubiera sido de mi hijo en tan larga enfermedad, tanto por los recursos que aportaba á casa cuanto por el cariñoso afecto que él y sus hermanas nos profesaban, disipando mas de una vez con sus caricias, el dolor que me abrumaba.

»Cuando mi hijo se halló restablecido, quiso su buena suerte que encontrara una buena colocacion, con cuyo sueldo, podíamos vivir todos regularmente. Entónces Angel á instancias nuestras, dejó de ir á mendigar; y sus hermanas, laboriosas en extremo, se dedicaron á coser con el fin de ayudarnos en algo. Desde aquel dia, puedo decir que tuve cuatro hijos, pues todos ellos me colmaban de caricias, y mi amor era tan igual, que, con el mismo afan cuidaba de mi hijo que de los tres huérfanos que Dios puso en mi camino.

»De este modo pasaron seis años, reinando entre nosotros la más perfecta armonía, al cabo de los cuales, tuvo Angel una enfermedad bastante larga, de la que resultó una hinchazon en todo el cuerpo, que apenas se podía mover, llegando más tarde á perder el uso de la palabra.

»¡Dos años y meses estuvo padeciendo así, y jamás le oimos exhalar ni el mas pequeño gemido! Cuando le acariciábamos, nos cogía una mano y la besaba, para demostrarnos su afecto. Una mañana me pareció oír su voz que decia: Clara..... Clara..... Corrí al momento á su cuarto, áun dudando si seria él quién me llamaba, y, efectivamente, aunque con alguna dificultad, el pobrecillo se esforzaba por hablar: todos nos habíamos reunido, y todos tuvimos una inmensa alegría, pensando que habia recobrado la palabra para siempre; pero solo fué por algunos instantes, en los cuales se expresó de modo siguiente:

»—Voy á contaros mi último sueño: Esta noche he vuelto á ver á aquella mujer tan hermosa: he oído su armoniosa voz, dulce como los cánticos celestes, y me ha dicho: «Estoy contentísima de ti: tus padres y amigos, tambien lo están: tu última prueba, termina: vas á dar el último adios al planeta en que vives: más tarde, despues de muchos años, volverás á difundir la luz; y entonces no serás ciego ni mendigo, serás un espíritu en constante actividad, un profeta de verdades, un ministro de justicia recta, un apóstol del progreso, y una antorcha clara y permanente que alumbre á la humanidad.» Dirigióme una mirada tiernísima y, cual chispa eléctrica, prendió en mi alma un amor purísimo que transformó todo mi sér: sentime fuerte y grande, comprendí la pequeñez de la Tierra, tendí mi vista al infinito y, sediento de luz, volé en pos de lo desconocido: atravesé los mares, dejé á España, ¡mi pobre pátria! llena de engañosos sofismas: llegué á Francia, perla de nuestro planeta, y, respiré con más libertad viendo menos errores y más luz: fuime á los Estados Unidos, y vi el adelanto en su apogeo: ví á la mujer, cual hermosa Providencia, velando el sueño de sus semejantes, discreta, prudente, laboriosa, amante é ilustrada; y en medio de tanta luz, regué aquel suelo bendito con el llanto de la alegría: despues, empecé á ascender con pasmoso vuelo y, sóles de fuego, nubes purpurinas, auras purísimas, brisas embriagadoras, rostros angélicos, aureolas de luz, ecos sonoros, cuadros de sorprendente belleza, lugares poéticos é inconcebibles maravillas, todo pasó por espejismo ante mi vista con la rapidez del relámpago; y, en medio de aquel cuadro encantador, mis padres, parientes, amigos, conocidos y desconocidos, sembraban de flores mi camino, me abrazaban y felicitaban sonrientes de amor y radiantes de gloria: despues, solo ví mi cuerpo deforme y repugnante, desperté y, sin saber como, llamé á Clara.» ¡Cuánto he gozado, amigos míos! ¡Cuánto he vivido en tan cortos instantes! ¡Lado sea Dios que en medio de mis sufrimientos físicos, me hace recordar mis sueños para consolarme! ¡Cuán hermosa es la vida del espíritu! ¡Bendito, bendito mil veces el sufrimiento, que tanto nos hace progresar!

»Y así diciendo, cerró los ojos y quedó dormido con la sonrisa de la felicidad: su espíritu habia volado al espacio, dejándonos á todos vivamente impresionados.

»Han pasado cuatro años de esto, y siempre Angel vive en mi pensamiento: cuando en mi casa sucede algo grave, veo su figura, no deforme sino bella y simpática, que me sonríe y, al momento se disipan las nubes por sombrías que sean.»

Quando Clara terminó su relato, un dulce bienestar nos envolvía: ¡quizá Angel estaba entre nosotros haciéndonos sentir su benéfica influencia! ¡Cuánto vale esta mujer, y que sentimientos tan hermosos!

Amor y caridad; ecos sonoros; notas dulcísimas; ¡cuán bellas sois! Vuestra voz recorriendo los ámbitos terrestres, esparce la armonía por doquiera; mas el hombre, pasa y no escucha, mira y no vé. Esto sucede á la mayoría de los que viven en este desierto; están metidos en la concha de sus rancias costumbres, como los topos en la cavidad de los árboles, sin atreverse jamás á ver la luz, por temor á que les deslumbre.

Los sueños de Angel, son una prueba mas de la lucidez del espíritu en estado libre ó de vigilia: los sonámbulos lúcidos, pueden ver por espejismo lo que Angel veía en su sueño natural; y si el magnetismo, en vez de hacer de él un juguete ó una especulacion,

se estudiara científicamente por quien corresponde, nos daria muchos y mejores resultados.

No opinamos tampoco de que todos los sueños sean ciertos, porque muchas veces el espíritu encarnado, ya sea por su atraso moral, por la supersticion que le ofusca, por los males que le rodean ó por otras muchas causas, durante el sueño, suele ser juguete de espíritus ligeros, los cuales hacen ver siempre lo que no existe; pues cuando el espíritu tiene sed de progreso, las horas que el cuerpo descansa, las invierte mejor; y en aquellos momentos de libertad, la Tierra le es sumamente pequeña, su vuelo se remonta léjos, muy léjos de ella, porque cuanto más se aleja, más vé, más aprende, más fuerzas recobra para luchar en su encarnacion y, aunque poco ó nada recuerde al despertar, está alegre y resignado, tiene más acierto en todos sus actos y puede evitar mejor los peligros.

Hay sueños ficticios, y sueños verdad; y de estos últimos, son muy pocos los que, como Ángel, lo recuerdan con tanta claridad; pero en cambio hay muchos que, recuerdan algo, que se ha podido comprobar; y con ese *algo* unido á la filosofía racional, nos basta para creer que, el espíritu ávido de luz, puede realizar grandes trabajos durante el sueño material.

Trabajar, es progresar; progresar, es vivir. ¡Trabajemos pues sin descanso, para vivir eternamente!

CÁNDIDA SANZ.

Gracia.

——
¡EL SUEÑO DE LA NIÑA!
—

—¡Madre! dice la niña,
¡Cuanto he soñado!
Mira, he visto á más niños!.....
¡Me han abrazado!
¡Me han dado besos!....
Y me han dicho que pronto
Me iré con ellos!
—¡Calla! dice la madre,
Que me das miedo;
No quieras á esos niños
Que tendré celos.
—¿No?..... ¡Pobrecitos!
Mira, si tú los vieras.....
¡Son mas bonitos!.....

Y estendiendo sus brazos
La hermosa niña,
Lanzó un suspiro, y luego.....
¡Quedó sin vida!
¡Dejó la tierra,
Que los ángeles nunca
Viven en ella!
Su madre mientras tanto
Llora y murmura:
Cuando los niños sueñan.....
Muerte segura.
¡Duerme ángel mio!
Tan solita, en su tumba.....
¿Si tendrá frio?.....

VIOLETA.

——
PENSAMIENTOS.
—

El amor que tengamos á Dios ha de consistir en guardar sus mandamientos, y sus mandamientos no son penosos.

Bienaventurados los humildes y los sencillos; bienaventurados los que son dulces; bienaventurados los que son misericordiosos, porque encontrarán misericordia; bienaventurados los que lloran, porque serán consolados; bienaventurados los que aman la paz y sufren persecuciones por la justicia, porque el reino de los cielos es para ellos.

Amad á vuestros enemigos; favoreced á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian; á fin de que seais hijos de vuestro Padre Celestial, que hace que su sol brille para los buenos y los malos, y que llueva sobre los justos y los pecadores.

Hay seis cosas que el Señor aborrece y una séptima que abomina: los ojos altaneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre de inocentes, el corazón que fragua negros designios, los piés ligeros para correr al mal, prestar un testimonio falso, y sembrar divisiones entre hermanos.